

CB 1029149 BC RH 1/30

LA ETICA INDIGENA

Conferencia sustentada
la noche del 27 de septiembre de
1923 en el Salón
de Actos del Museo Nacional

POR MIGUEL O. DE MENDIZABAL

Jefe del Departamento de Etnografía
Aborígen



MEXICO
IMPRESA DEL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA
1923



39(72) ".../14"

LA ETICA INDIGENA

Conferencia sustentada
la noche del 27 de septiembre de
1923 en el Salón
de Actos del Museo Nacional

POR MIGUEL O. DE MENDIZABAL

Jefe del Departamento de Etnografía
Aborígen



MEXICO
IMPRESA DEL MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA
1923

"Rodríguez Marín

Aleminente D. FRANCISCO A. DE ÍCAZA,
en agradecimiento al servicio que prestó
a la Historia Mexicana con la publica-
ción del "Diccionario Auto-Biográfico de
Conquistadores".

Señoras y señores :

Alonso de Zurita, Oidor de la Audiencia de México a mediados del siglo XVI, y doctor incorporado en la Universidad recientemente fundada, espíritu sereno, justiciero y estudioso, en su Breve y Sumaria Relación dirigida a Felipe II, hizo una brillante apología de la legislación, la moral y la social indígenas, lamentando, como un acto ilógico, el que la generalidad de los conquistadores y monjes en sus epístolas y crónicas, después de ponderar la inteligencia y laboriosidad de los individuos y la sabiduría y solidez de las instituciones vernáculas, mantuvieran para ellas el epíteto de bárbaras. Por el contrario, Francisco Cervantes de Salazar, cronista de la ciudad de México, y fundador de la Universidad, a quien el propio Zurita reputaba "varón de presta elocuencia adornada con buenas letras", en su crónica de Nueva España, no sin antes conceder graciosamente que hubiera excepciones, nos

describe con los calificativos más denigrantes el espíritu, la ética y aun la capacidad manual indígena.

De propósito hemos tomado a Zurita y a Salazar, contemporáneos e igualmente prestigiados en su época, por su capacidad y sabiduría, pues dada la homogeneidad de sus condiciones y circunstancias, nos sirven a maravilla como representativos de las dos tendencias: una en favor de las razas nativas; otra sistemáticamente en su contra, que desde los primeros años de la conquista se marcaron fuertemente, y, a través de nuestros diversos regímenes políticos, han logrado perdurar hasta nuestra época. Fundada la primera sobre un ideal de justicia inmanente; sustentada la segunda por los intereses económicos y sociales de la naciente colonia; su pugna apasionó los ánimos de los habitantes de Nueva España durante los largos años que duró la incertidumbre del monarca, respecto al destino que habría de caber a los aborígenes americanos.

En asunto tan capital no podían dejar de tomar participación importantísima las órdenes religiosas — en ese tiempo los organismos más elevados moral e intelectualmente — las que, dicho sea en honor de la humanidad, tomaron denodadamente la defensa de

los vencidos, no sin que se manifestaran entre sus miembros las dos tendencias antagónicas; pues si Fray Bartolomé de las Casas, monje dominico, pedía un grillete para los esclavistas, Fray Domingo de Betanzos, dominico también, pedía no solamente la coyunda del esclavo, sino el collar del perro o la jáquima del asno para los indígenas, a quienes llegó a negar el raciocinio característico de la especie humana.

La real solución de tan arduo problema, fue — hay que confesarlo — un prodigio de habilidad política: otorgóse a las Casas el grillete para los esclavistas en las sanciones legislativas; pusieron los esclavistas la coyunda al indígena, y los representantes del rey en Nueva España, por convenir así a los intereses del Tesoro y “a la paz de estos reinos”, ni pusieron el grillete ni quitaron la coyunda. En esta forma el Rey de España “descargó su real conciencia” y no le faltaron caudales fabulosos que dilapidar en las estériles pugnas dinásticas y religiosas de Europa.

Así las cosas, los clamores de justicia y de caridad cristiana se fueron amortiguando; los indígenas perecieron a millares, al par que los españoles apañaban las pródigas fortunas que habían de cimentar el feudalismo crio-

llo, con solo ligeras conmociones locales de protesta, hasta la independencia, que, a decir verdad, en nada mejoró, sino es que empeoró la situación de los antiguos dueños del país.

Como es de presumir, el bando de los detractores del indígena ha visto siempre nutridas sus filas, y aun en nuestros días tiene vigorosos representantes como el S. Jesuíta D. Mariano Cuevas, por lo que se refiere al indígena prehispánico, y D. Francisco Bulnes, en lo que atañe a los representantes actuales de las razas nativas, para citar solamente a los más distinguidos. El partido favorable ha tenido también, de tiempo en tiempo, sus mantenedores ilustres: Boturini, Palafox, Clavijero, Ramírez, Orozco y Berra y Chavero, entre otros, hasta que en la era presente nuestra revolución social reclama una revisión completa de los viejos valores históricos y sociológicos.

Lo singular del caso es que la disparidad de opiniones no tiene más origen que una simple cuestión de criterio, pues los datos concretos, los hechos sobre los que se fundan conceptos tan disímiles, son los mismos, ya que las noticias de los primeros conquistadores o monjes, fuente única en la materia, perfectamente concordantes en lo esencial, sólo discrepan en el detalle.

Ciñéndonos a la materia de esta conferencia, *la moral indígena*, reconsideremos por nuestra cuenta las noticias favorables o desfavorables que dieron margen a tan encontrados criterios y con la serenidad posible, tratándose de asunto tan palpitante, no obstante su lejanía, saquemos nuestras conclusiones personales.

Concretándonos al grupo de pueblos de filiación náhoa que los españoles encontraron posesionados espiritual y materialmente de la mayor parte de México, tanto por ser los exponentes más altos de la vida vernácula de esa época, como por ser los que mejor conocemos; analizaremos el asunto en sus aspectos esenciales: el abstracto y el concreto: la ética religiosa y las costumbres, de cuya íntima fusión se deriva la moral de las sociedades.

Los náhoas tenían noción de la existencia del alma, y aun consideraban dotados de ella a los animales; creían asimismo en su supervivencia, figurando en sus dogmas los lugares que le servirían de morada después del tránsito terrenal; pero esta existencia no era exclusivamente espiritual, pues el cadáver era provisto de lo indispensable, según el concepto aborigen, para llegar sin contratiempo a los lugares

destinados a los muertos. No tenían, empero, sitio de premio o de castigo, propiamente hablando, por la conducta de los hombres durante su vida, pues los tres diversos lugares del *Mictlán* eran designados a las almas por el género y calidad de la muerte y no por la naturaleza de su vida; y, no obstante esta falta de castigos eternos, la conducta religiosa y social de los indígenas no pudo ser más apegada a los dogmas y a la moral, pues la educación propendía desde la infancia a disciplinar los espíritus en la observancia de los rígidos preceptos que la legislación mantenía inviolables mediante sanciones rudas e ineludibles.

De todos los dioses, *Ometecutli*, por lo que se refiere a los hombres, y *Ome-cíhuatl*, por lo que atañe a las mujeres, eran los que tenían influencia más directa sobre el espíritu humano, puesto que normaban las inclinaciones y orientaban la vida de los seres desde la infancia. En las distintas épocas y en las diversas naciones, el numen predilecto adquirió categoría primordial y atributos universales, que le permitían beneficiar o perjudicar, premiar o castigar directamente a los mortales, siendo reverenciados y temidos o venerados, según las tendencias de su naturaleza mítica, a la que se adaptaban el ritual

y las costumbres, influyendo grandemente en la moral de las colectividades.

La influencia de los demás númenes era también capital, aunque en cierto modo indirecta, puesto que era por ellos ejercida sobre los elementos naturales, sobre acontecimientos, sobre las actividades humanas, sobre las diversas situaciones de la vida y aun sobre las cosas mismas; pero siempre circunscrita dentro de la jurisdicción de los atributos de cada numen. Esta circunstancia multiplicó en manera extraordinaria las obligaciones religiosas de los aborígenes, lo cual dio por resultado que en ciertos momentos en la vida indígena la rogativa tuviera preeminencia sobre la acción, constituyendo su manifestación espiritual más intensa.

No entraremos en detalles sobre el ceremonial religioso; fue, parecido o diferente en lo accesorio, análogo en lo esencial a lo que todas las religiones. Señalaré solamente aquellas de sus características fundamentales que, en vario modo, tuvieron transcendencia en la formación del alma indígena y en el espíritu de sus sociedades.

Durante la época remota e imprecisa de las migraciones americanas — translocación de pueblos enteros de comarca en comarca, alternada con pasajeros

establecimientos— las primeras tribus náhoas, siguiendo los vacilantes derroteros que les imponían los accidentes naturales, las condiciones biológicas y la voluntad de los dioses interpretada por sus caudillos, sacerdotes y guerreros a la par, honraban a sus dioses con un culto humilde y sencillo, casi familiar, como el de todos los pueblos en los albores de la civilización y conforme lo permitía su existencia precaria, atendida a los dones espontáneos de la naturaleza.

Llegados a la Altiplanicie Mexicana, tierra de promisión, y establecidos los primeros núcleos de sus incipientes nacionalidades; a medida que cambiaban las condiciones de su vida social, las necesidades religiosas evolucionaban. No fueron ya suficientes los dioses tutelares de la guerra, de los elementos universales, de la caza y de la pesca, númenes de la vida primitiva; la arquitectura, las industrias, las ciencias y las artes, nacidas a favor del estacionamiento y de la relativa seguridad, demandaron también sus divinidades protectoras. Multiplicáronse al efecto los atributos de los dioses tradicionales y se consagraron nuevas deidades, y, en relación, complicáronse y aumentaron los rituales, implicando la constitución de un organismo religioso, cu-

yos individuos, adiestrados e instruídos previamente, y reglamentados con severidad, integraron con el tiempo la más poderosa de las instituciones aborígenes.

La fe ingenua de los sacerdotes primitivos, que atribuía todos los acontecimientos, prósperos o adversos, a la voluntad explícita de los dioses; y la profunda convicción y meticulosa exactitud con que el sacerdocio, ya convertido en corporación directriz, practicaba los actos rituales, fraguaron la fe inquebrantable, la reverencia suma y la incondicional sumisión que normaron la mentalidad religiosa de los indígenas, llevándolos, por suave pendiente, a la práctica de actos contra naturaleza.

Herencia del culto totémico sin duda alguna, los sacrificios propiciatorios de ciertos animales, —error original de todas las religiones que ha dado margen a frecuentes extravíos del sentido moral— fue practicado constante y generalmente por los pueblos de filiación nahoa: la sangre era agradable a los dioses. Más tarde, debido quizá a la carencia de animales propiciatorios, posiblemente a que la magnitud de la necesidad demandaba sacrificios más meritorios, el sacerdocio primero, y el pueblo en general des-

pués, ofrecieron su propia sangre y su personal sufrimiento; así, la penitencia y las mutilaciones, la abstinencia y el ayuno prolongado, formaron parte principalísima del ceremonial religioso, como obligación universal para honrar a los dioses:

Como las penitencias rituales, no obstante la congénita resistencia de las razas aborígenes para el sufrimiento, requerían, por lo excesivas, organismos especialmente adaptados al dolor, los náhoas comenzaban a ser preparados en el hogar, desde la infancia, para sobrellevarlas sin queja ni quebranto, continuando esta singular educación durante la vida de la escuela y la existencia toda. El hábito de producirse deliberadamente las heridas más crueles y exacerbarlas hasta la locura, en razón de la piedad, con la sencillez del ineludible deber cumplido; la costumbre de ver impasiblemente el dolor ajeno soportado con estoica indiferencia, forjó las almas y los cuerpos indígenas de un temple incomprensible para nuestra flaca naturaleza, que, tanto a través de la leyenda y de la historia, como frente a la realidad —pues todavía podemos presenciarla de tiempo en tiempo en los descendientes de la raza de bronce— nos produce la impresión de innata ferocidad, de

dureza de alma sin ejemplo, lo que no es en realidad sino fatalista indiferencia hacia el dolor, propio o ajeno.

La reverencia profunda para los dioses y la convicción de que los holocaustos les eran particularmente agradables, hicieron descender a los náhoas la trágica pendiente propiciatoria; quizá impulsados por el agradecimiento de alguna gran victoria guerrera atribuída a los númenes; tal vez obligados por las vicisitudes nacionales que demandaban, por lo angustiosas, ofrendas sangrientas de más valía que las usuales; de la extremada y dolorosísima penitencia, de la degollación de animales votivos, pasaron a los sacrificios humanos, que llegaron a constituir, con el tiempo, la más importante ceremonia religiosa y la más alta expresión de la piedad nacional.

No intentaré aducir, por vía de disculpa para los pueblos aborígenes que practicaron los sacrificios humanos, la universalidad del inhumano rito, pues esto solamente implicaría análoga responsabilidad histórica, sin modificar la categoría moral del hecho; pero como quiera que ésta ha sido la tacha máxima de nuestras civilizaciones vernáculos, me concretaré a analizar, ya que hemos anotado sus posibles antecedentes, las circunstancias

que normaron el verificativo del discutido acto ritual.

Aunque los sacrificios humanos no fueron costumbre de todas las épocas, ni de todos los pueblos aborígenes, sino de sólo aquellos que, por la naturaleza mítica de sus númenes, se vieron a ellos compelidos; pues sabemos positivamente que los toltecas no los practicaron mientras Quetzalcóatl, divinidad dulce y benéfica, preponderó en sus altares; y aun en la época de la conquista, los totonacos, devotos de Centéotl (Diosa del Maíz), agricultores y laboriosos abominaron del inhumano rito, lo cierto es que los españoles los encontraron implantados, en mayor o menor grado, en casi todos los pueblos americanos, si bien fue en los aztecas entre quienes su uso excesivo, al decir de los cronistas, llegó al delirio trágico.

Difícil sería dilucidar a qué pueblo le corresponde la responsabilidad de haberlos introducido primeramente entre los ritos religiosos; lo probable es que fuesen varios aisladamente acreedores a la triste primacía. Tenemos datos suficientes para suponer que el sacerdocio de Tezcatlipoca lo introdujo en el Anáhuac, cuando a raíz de su triunfo sobre los adoradores de Quetzalcóatl y la dispersión de los civiliza-

dos toltecas, quedó dueño del privilegiado territorio y señor de las masas destructoras de la excelsa nacionalidad. Por lo que atañe a los aztecas, consta históricamente que cuando inmolaron las primeras víctimas en las aras, estableciendo ritualmente las sangrientas ofrendas, vivían una existencia misérrima, reducidos al exiguo término de sus yermos islotes, por la enemistad enconada y tiránica de los reyezuelos vecinos; obligados a nutrirse con los asquerosos detritus que flotaban en la laguna, carecían de los animales propiciatorios que demandaba el culto de su numen predilecto, grato a las sangrientas ofrendas; y en guerra continua contra la opresión extremada e insoportable, érales necesario propiciar a su dios de la guerra: se vieron compelidos, pues, por la naturaleza mítica de su divinidad principal y obligados por la necesidad a implantar en su ritual los sacrificios humanos. Establecida la terrible modificación en el ceremonial, las grandes solemnidades religiosas, la conmemoración de triunfos militares, los acontecimientos nacionales, prósperos o adversos, requirieron día a día mayor número de víctimas; ¿no es perfectamente natural que los aztecas hayan acrecentado el uso del bárbaro

sacrificio, cuando coincidieron con su implantación las primeras victorias del pueblo oprimido? ¿no es absolutamente lógico de parte del indígena, haber llegado hasta el delirio en el rito repugnante, cuando las circunstancias hicieron que al número creciente de víctimas vinieran aparejadas las más gloriosas victorias sobre enemigos poderosos, y el florecimiento inmenso de la miserable Tenochtitlan primitiva?

Los cronistas españoles, tal vez guiados por consejas populares, puesto que en su presencia no se celebraron ya los sacrificios, ni menos aún solemnidad alguna en la que perecieran miles de víctimas; quizás con ánimo deliberado de ennegrecer más las religiones vernáculas, para así disculpar el celo pseudo-religioso de los conquistadores, frecuentemente criminal y algunas ocasiones monstruoso — aparte naturalmente los purísimos y edificantes misioneros, honra de México, de España y de la Humanidad — hacen ascender los sacrificios practicados anualmente a números fantásticos; pero de todas suertes, el cálculo más moderado no impide que el espíritu se llene de horror.

Tales son los hechos en sí; veamos ahora las circunstancias morales y materiales que concurrían y normaban

los sacrificios humanos, y comparemos su calidad ética con la de los actos sanguinarios cuya consumación fue en todas las épocas y es en la actualidad más frecuente entre los pueblos cultos, y que han sido tácitamente aceptados como legítimos en sus códigos morales.

Como acto religioso, el sacrificio humano era denotador por parte de los aborígenes de reverencia suma y no contravenía ninguna máxima explícita e implícita de los dogmas religiosos, puesto que la ofrenda sangrienta, propia o ajena, era agradable a los númenes. Los pueblos europeos en sus guerras, matanzas y suplicios de carácter religioso o político, que han privado de la existencia a número incomparablemente mayor de seres que las aras propiciatorias indígenas, obraban y obran en contra del precepto capital de sus religiones, que prescribe el respeto a la vida humana. Además, y esto es factor capital para el juicio moral del asunto, en el concepto de la mayoría de los pueblos, pero particularmente de los cristianos de las diversas sectas, cuyas continuas luchas ensangrentaron Europa, Asia y Africa durante muchos siglos, las almas de los creyentes de la secta o religión enemiga, guerreros o víctimas, eran precipitados sin remisión a

las gehenas infernales. El piadoso cruzado, al asestar el mandoble que partiría la celada del sarraceno, o el ferviente católico al atravesar de parte a parte con su estoque al hereje reformado, no solamente privaban al cuerpo de la vida terrestre, sino que, en su firmísimo concepto, condenaban el alma del contrario a las penas eternas. El conquistador español mismo ¿no tenía la convicción de que todos los indígenas a quienes privaba de la vida en nombre de su religión y de su rey, sufrirían el eterno castigo, por culpa de haber nacido, océano de por medio, a miles de leguas del sitio donde transcurrió la vida y la pasión de Cristo, y no haber podido enterarse de su predicación y convertirse a su doctrina? Por el contrario, el sacerdote indígena que ante la multitud silenciosa y reverente, no ebria de sangrienta voluptuosidad como los espectadores del Circo Romano, de los Autos de Fe inquisitoriales o de las guillotinas revolucionarias, cuando abría el pecho a las víctimas con su cuchillo de pedernal, abríale al mismo tiempo, cualquiera que hubiese sido su religión y su conducta individual, las puertas privilegiadas que el Mictlán reservaba a las almas de los sacrificados.

Los sacrificios humanos no iban en-

vueltos entre los aborígenes, en desprecio ni odio para la víctima, que de aborrecido guerrero enemigo o esclavo degradado pasaba a ser propiedad del dios en cuyo honor sería sacrificado y personificación del numen mismo; y mientras en las viejas civilizaciones europeas, africanas y asiáticas, la mente humana discernía todo aquello de más terrible para privar de la vida a sus semejantes, en medio de los más acerbos dolores materiales y espirituales, los aztecas, los más crueles de los americanos, hacían beber a los prisioneros, fuertes por el trato especialmente regalado, no debilitados ni macilentos por el "pan y agua" de las mazmorras, brevajes narcóticos que los librarían del natural dolor y que los harían caminar al holocausto con la placidez de la inconciencia.

Para los aborígenes el peligro de morir en las aras de los dioses era una contingencia tan natural, honrosa y aun deseable, puesto que les abría las puertas del lugar más delicioso del Mictlán, como la muerte en el campo de batalla; en las raras ocasiones en que la paz dificultábales proveer de víctimas a las aras, recurrían a la guerra mensual llamada *Xochiyoauh* (guerra florida), concertada entre México, Tezcoco y Tlacopan por una par-

te, y Tlaxcalla, Huexotcingo y Cholollan por la otra, a la que los guerreros concurrían gustosos, y en las que aprehendían o eran aprehendidos para el sacrificio; y aun hubo guerrero cautivo, como *Tlalhuicole*, que se negara obstinadamente a renunciar al sacrificio gladiatorio, que le estaba destinado por haber caído prisionero en el combate, apesar de las instancias con que los aztecas, apreciando su gran valor y extraordinaria fuerza, le brindaban sus más altas jerarquías en su ejército.

Siempre se ha considerado irresponsable, desde el punto de vista de nuestra ética utilitarista, al guerrero que mata en el combate, con la mente ofuscada por el deseo de exterminio, sea justo o injusto el motivo de la contienda y crea él o no en la justicia de su causa. El hecho ha servido directa o indirectamente a las pasiones y a los intereses de los sacerdocios, o gobiernos, naturales guardianes de la moral, encargados de justipreciar los actos de los hombres y, naturalmente, ha sido sancionado, en tanto que la inmolación de una víctima, si no voluntaria, resignada, por un sacerdote que, sin odio ni ira, con el espíritu equivocado por la ofuscación religiosa, pero reverente y piadoso, obedece en tal acto a un ritual, a una costum-

bre y a una sincera fe, es anatematizado sin discusión. Este juicio de Europa contra América es injusto, y Motecuzoma, contestando a la recriminación de Cortés, dijo sobre el asunto algo para lo que — atentos el medio y la época — difícilmente se hallará réplica: "Nosotros tenemos derecho de quitar la vida de nuestros enemigos; podemos matarlos en el calor de la acción como vosotros a los vuestros, y ¿por qué no podremos reservarlos para honrar a nuestros dioses con su muerte?"

Respecto de la tacha de antropofagia lanzada por algunos cronistas españoles sobre los aborígenes americanos, y aceptada aun en la actualidad por sus deturpadores sistemáticos, interesados o gratuitos, basada en el hecho de que solieran comer ciertas partes de los cuerpos de los sacrificados, a manera de la comunión de otras religiones, por considerar su carne santificada por el espíritu del numen en cuyo honor se había verificado el holocausto, no podemos menos de conceptualarla malévola o torpe imputación por parte de quienes la propalaron, y necia credulidad o injusticia anticientífica de parte de quienes la propugnan todavía.

La antropofagia, como tal, es solamente propia de los hombres que, habituados a comer carne como principal

alimento, aprovechan la de sus semejantes, como acontece entre ciertas tribus primitivas africanas, por alimento y aun por placer, o como lo verificaron numerosos soldados españoles durante las hambres terribles de las expediciones de descubrimiento y de conquista, los náufragos de todos los países y los habitantes de las comarcas hambrientas: por necesidad imperiosa. Los maxilares de los cráneos prehispánicos, con el especial desgaste de sus molares y el exiguo desarrollo de sus caninos, nos atestiguan que los aborígenes hicieron poco uso de la carne como alimento; los cronistas de la conquista lo corroboran al asentar que en el sitio de Tenochtitlán, los aztecas morían de hambre rodeados de millares de cadáveres de amigos y enemigos: tenemos que absolverlos, en buena lógica, de la tacha de antropofagia, en la aceptación que podríamos llamar fisiológica, del término. Fundar la terrible acusación en el simple hecho de que hicieran uso ritual de la carne de los sacrificados, es injusticia tan monstruosa, como lo sería la de acusar de ebriedad al sacerdote cristiano por el simple hecho de beber el cáliz de vino, convertido, según su convicción profunda, en sangre de su Redentor.

Las conclusiones que de estos actos,

reprobables en sí, han sacado ciertos historiadores y sociólogos, han sido que la crueldad, la venganza y la propensión a lo brutal y antinatural, constituyen las facetas salientes del carácter indígena; nada más lejos del verdadero espíritu aborigen (aunque parezca paradójico sin desmentir ni paliar los hechos que comentamos), las instituciones, la legislación, la moral indígenas y particularmente la educación, encaminada sistemáticamente a producir individuos que viviesen normalmente dentro de sus austeras obligaciones religiosas, cívicas y militares, rechazan victoriosamente tales cargos.

Cuando a través de peligros y privaciones sin cuento, las tribus migratorias de la prehistoria americana verificaban sus dilatadas correrías por regiones hostiles, necesitaron imperativamente, deponiendo el egoísmo y la desorganización primitiva, adquirir la férrea disciplina indispensable para salvar a la colectividad de las asechanzas de enemigos implacables, mediante la ciega obediencia a sus sacerdotes caudillos, venerados después en los altares; obediencia, solidaridad y disciplina que llegaron a ser condiciones fundamentales en el carácter indígena, fuertemente notorias aún. Puede decirse que estas cualidades morales, provechosas

por cuanto favorecieron la estabilidad de las instituciones, tornáronse inevitablemente en contra de los pueblos indígenas siempre que se vieron sometidos a la tiranía o a la dominación extranjera; pues los pueblos acostumbrados a obedecer ciegamente, con dificultad se saben librar de la opresión, y solamente, cuando se ha colmado la medida de su sufrimiento, reaccionan en forma destructora y excesiva, volviendo después, fatigados, a caer en idéntica situación. Esta es una de las condiciones de la mentalidad indígena que más trascendencia ha tenido en nuestros acontecimientos sociales y políticos de todos los tiempos.

Al sedimentarse los grupos, una vez encontrada la comarca propicia, las nuevas condiciones de la vida impusieron la repartición de funciones: el sacerdote perdió, en parte, su investidura de caudillo militar, aplicando su sabiduría, inspirada por los dioses, a la organización religiosa, ciudadana y nacional, consagrando su perseverante actividad a la educación de la juventud, clave de su influjo social; el guerrero distinguido por su pericia y valor reservó para sí exclusivamente el honroso privilegio de las armas, en tanto que los tímidos y los humildes eran obligados a desempeñar las diver-

sas faenas materiales necesarias para el sostenimiento y progreso de la colectividad, verificándose poco a poco la selección de castas.

Los aztecas, última de las tribus náhoas llegadas a la altiplanicie mexicana, ya ocupada en su casi totalidad por diversos pueblos de la misma o de diversa filiación étnica; y, por ende, la que tuvo que soportar mayores luchas y dificultades en su acomodamiento definitivo, habían conservado en sus instituciones, quizá debido a la necesidad de cohesión para afrontar la adversidad, cierto sabor democrático y patriarcal, puesto que, bajo la dirección de los ancianos y notables de la tribu, sus más altas dignidades sacerdotales, militares y administrativas, eran discernidas en sufragio, en atención a la virtud, a la sabiduría y al valor. Bien pronto, a imitación de las naciones vecinas, constituídas en incipientes monarquías, adoptaron el sistema monárquico de gobierno, que si fue electivo por la forma, llegó a ser hereditario por la costumbre.

Las profesiones distinguidas, militar y sacerdotal, lícitas para todos en principio, por lo cual no llegaron a constituir castas propiamente dichas, se fueron aristocratizando en igual forma; sus altas jerarquías, tradicionalmente

otorgadas en atención al mérito individual, eran conferidas exclusivamente a miembros de la familia Real en las postrimerías del imperio azteca, aunque legalmente nunca llegaron a ser hereditarias. La creación de una nobleza guerrera y la incorporación de la nobleza feudataria acabó de ahondar definitivamente la separación de las distintas clases sociales. Empero, las diferencias entre la vida noble y la plebeya no fueron tan absolutas como en otras naciones aborígenes, seguramente debido a lo reciente de la aristocratización de las instituciones; y a que los triunfos militares de la pujante nacionalidad azteca, dándole dominio sobre numerosos pueblos, obligados por la dura ley de la guerra a subvenir a las necesidades materiales de su vencedor y a proporcionar contingente de trabajadores para los bajos servicios religiosos, militares y civiles, permitieron al pueblo azteca desentenderse de los rudísimos y desagradables trabajos de los primeros años de su residencia en Tenochtitlán, para dedicarse a las labores más productivas y honrosas. Además, la ley y la costumbre dejaron al plebeyo franco el acceso a ciertas altas dignidades sacerdotales y militares, que no cedían en importancia a las reservadas para la nobleza.

La necesidad constante de tener en campaña nutridos ejércitos y a punto numerosas reservas, como demandaba la política de conquista, requirió el entrenamiento de los nobles y de los plebeyos en el ejercicio de las armas y la educación de los nobles en todos aquellos rudos menesteres que pudieran serles indispensables en las contingencias de la guerra; como además las obligaciones religiosas eran también comunes y general su enseñanza, la educación de los aztecas de las diversas categorías sociales difería bien poco en lo fundamental, aun cuando fuese impartida en diferentes establecimientos.

Desde la ceremonia bautismal, en la que se impetraba la protección de Ometecutli y Omecíhuatl para que el recién nacido afrontara la vida virtuosamente, con la resignación y fortaleza necesarias para soportar sus inherentes penalidades y trabajos, toda la educación del indígena, de niño a cargo de los padres, no por cariñosa menos estricta; de púber encomendada a las diversas escuelas del Estado, tenía como fin fomentar en el educando todas las condiciones espirituales, morales y materiales que la colectividad necesitaba en sus individuos, y combatir los defectos, tendencias y vicios nocivos a la sociedad. El Códice Mendocino, Saha-

gún, Motolinía, Olmos, y los demás cronistas primitivos, nos dan cuenta pormenorizada del inflexible y general sistema educativo: alimentación parca, reglamentada minuciosamente conforme a las edades, para lograr, sin perjuicio de la fortaleza física, la proverbial sobriedad indígena, el abrigo ligero y duro el lecho para inmunizar al niño a la intemperie y para librarlo de la inclinación a la molicie; y, principalmente el hábito cotidiano del trabajo, sistemáticamente acrecentado en razón de su fuerza, para iniciar al educando en la función material que le tocaría desempeñar en su vida de hombre y crearle hábitos de laboriosidad; a la vez que se le inculcaba el respeto a la verdad, el amor inquebrantable a la familia y la sumisión incondicional a los padres; la consideración a los ancianos y la reverencia suma a los dioses y a los sacerdotes sus representantes. La omisión en el cumplimiento de las obligaciones materiales o de los deberes morales era castigada, conforme también al sexo y a la edad, con correctivos que llegaban a ser severos para indóciles y reincidentes.

Terminada la educación elemental del hogar, el joven azteca era entregado, según su condición social, al Calmecac o al Tepuchcalli, instituciones

educativas del Estado que participaban del carácter de seminarios, academias militares y escuelas de artes e industrias a la vez; la primera destinada a la nobleza, a los plebeyos la última y ambas dirigidas por la clase sacerdotal. Aunque la elección de profesión u oficio era libre, la costumbre establecía que continuase la de su padre, salvo circunstancias especiales o definida vocación, llegando a ser la ocupación tradicional en las familias. Con la misma orientación final, aparte de la común instrucción en la historia nacional, en las pinturas jeroglíficas, y en todos los conocimientos elementales, impartíanseles concienzuda y perseverantemente las enseñanzas que requieren sus destinos: la educando sacerdotal la teogonía, la cosmogonía, la cronología, el ritual y la adivinatoria; al aspirante a la carrera de las armas de preferencia los artificios de la guerra; las artes liberales, las funciones judiciales y administrativas y los oficios industriales, a los que por voluntad o por tradición familiar a ellas estuviesen avocados. Sin distinción de clases ni categorías, imponíanseles a sus espíritus la férrea disciplina, la obediencia sumisa y el respeto a los superiores, a la autoridad, a las leyes y a la religion: inspirábaseles benevolencia para los débiles y enfer-

mos, el respeto para los ancianos y las mujeres; inculcándoles por medio del ejemplo y de los estrictos preceptos, horror al vicio, a la concupiscencia, a la mentira y a la pereza. Al propio tiempo, mediante ejercicios de fuerza, de resistencia y continuos baños, de la práctica en el hábil manejo de las armas, de prolongadas abstinencias y penitencias durísimas, se fortalecían sus cuerpos y sus almas, forjando, poco a poco, el estoicismo característico de la raza, necesario para las largas y penosas expediciones militares y para la difícil práctica del ritual religioso.

Mientras en los pueblos europeos a principios del siglo XVI, la instrucción de la mujer, considerada innecesaria y aun peligrosa para su virtud y recato, era desatendida en absoluto por el Estado, quedando relegada su rudimentaria educación a la solicitud siempre errónea e insuficiente del hogar, o encomendada al convento con perjuicio por lo general de la especie, puesto que hurtaba a la maternidad numerosos organismos selectos; las niñas aztecas eran preparadas para su importantísima función social, con el mismo esmero que los hombres a las que les eran propias, tanto en el hogar, bajo la mirada vigilante de la madre, como en los institutos educativos nacionales en cu-

yos departamentos femeninos, antes de perder el recato extremado que las costumbres imponían a su sexo, fortalecían más su conducta con apego a los estrictos principios morales, adiestrándose, además, en todos aquellos menesteres domésticos o de utilidad para la función que les estaba asignada, adquiriendo todos los conocimientos usuales de su época y de su medio.

Al terminar su enseñanza escolar los hombres a los 21 años y las mujeres a los 18, iniciaban su ingreso en la vida social con el matrimonio, que se verificaba, concertado por los padres, al dejar los educandos el instituto, pues siendo extremadamente rígidas las costumbres y las leyes, por lo que a la moral de las relaciones sexuales atañía, previsoriamente poníanles a salvo de incurrir en falta por necesidad fisiológica.

Esta severísima educación, en la que figuraban de manera prominente los castigos para los indisciplinados indolentes, perversos y viciosos, que comenzando en la infancia con la suave reprensión paterna, llegaba en la juventud a las penas corporales más crueles, a la pérdida de los derechos civiles y aun de la vida misma, aplicadas por los sacerdotes mentores en los planteles educativos, tenía como

mira corregir en los educandos todas aquellas propensiones del ánimo que les impulsarían, cuando de mayores ingresasen a la vida social, a la comisión de actos contrarios a las rígidas leyes, cuyas sanciones tenían casi siempre carácter irreparable. Bajo la extremada dureza, al parecer innecesaria, la educación indígena, atentos medio y época, era previsor e inteligente. Podemos decir que este contraste entre la rudeza exterior y el fondo puro y recto, es característico en sus instituciones y costumbres.

Los actos considerados como delictuosos por los aztecas, y, con poca diferencia, por todas las naciones civilizadas que poblaban en la época de la conquista nuestro actual territorio, no difieren en realidad de los que se conceptúan como tales entre los pueblos europeos del siglo XV; por lo cual debemos suponer la misma orientación fundamental de las sociedades, en lo relativo a las obligaciones y derechos de sus individuos. Por lo que respecta a las penas, diferían notablemente en su calidad y en sus móviles, preponderando en las sentencias de los tribunales aborígenes las penas radicales, que, aunque privaban de la vida con absurda frecuencia a los delincuentes, no tenían ese sello de refinada crueldad.

dad que caracterizó siempre las justicias de los pueblos de Europa: los tormentos como medida de esclarecimiento de la verdad y la prisión en cárceles horripilantes, de duración caprichosa, y a menudo perpétua, puesto que no tenía otro límite que la voluntad de un señor; y en la que casi siempre, so pretexto de vindicta pública o la salvaguardia de las instituciones, se llevaban a cabo enconadas venganzas personales. En tesis general podemos decir que las sanciones aborígenes eran con frecuencia absurdamente desproporcionadas al delito, conforme a nuestro criterio penal moderno; pero con la circunstancia de que, mientras la justicia europea solamente alcanzaba en todo su rigor a los humildes, dejando impunes los atentados de los grandes contra los pequeños, la justicia vernácula consideraba tanto más grande un delito, y aplicaba la pena en consecuencia, cuanto más elevada fuese la categoría del delincuente; profundo concepto jurídico al que solamente en teoría hemos llegado en nuestros días.

A seis categorías podemos reducir los actos delictuosos especificados en los códigos aztecas que conocemos: actos contra la propiedad, contra las personas, contra la colectividad, con-

tra el Rey, contra la Religión; y a tres substancialmente las penas: restitución o reparación del daño causado, esclavitud y muerte.

Aunque entre la restitución o reparación del daño causado y la esclavitud o la muerte, impuesta por las leyes como pena a los delitos contra la propiedad hay un verdadero abismo difícil de concebir con nosotros, debemos tomar en consideración para nuestro juicio que el legislador indígena tuvo siempre presente la exculpante de la necesidad imperiosa, al grado de no considerar delito el tomar mazorcas de maíz de los sembrados próximos a los caminos, en la cantidad que el caminante requiriera para su sustento, y el delito comenzaba, en realidad, cuando la cantidad y condiciones del hurto rebasaba los límites lógicos de la necesidad perentoria. De la legislación indígena se desprende que, más que el hecho en sí, la sociedad juzgaba la categoría moral del hecho; alteza de conceptos sobre la responsabilidad, a la que no han llegado aún nuestros códigos, hechos bajo la influencia de las clases propietarias para salvaguardar sus intereses aun contra el derecho natural.

Los delitos contra las buenas costumbres eran también rigurosamente

castigados: la ebriedad, lícita solamente para los individuos que hubiesen pasado de los 60 años, y los atentados contra el pudor, eran penados, siempre atenta la categoría del delincuente, con la pérdida de los derechos civiles y sociales, con la esclavitud y con la muerte; pero si recordamos que los jóvenes, al salir de los institutos de educación, y en todo caso al cumplir cierta edad, eran obligados a contraer matrimonio; y siendo toleradas, aunque en manera muy restringida, la existencia de mujeres públicas, previsora medida social, no es de extrañarse la dureza de la ley para los actos incestuosos o contra la natura, penados severamente por todas las legislaciones, contra el adulterio que, si era castigado severamente por la ley, y con igual rigor cualquiera que fuese el sexo del delincuente, vedaba al ofendido el derecho de tomar venganza por su propia mano, en tanto que el concepto bárbaro del honor en las sociedades europeas, con el consentimiento implícito o explícito de las leyes, ponía materialmente el arma en las manos del marido engañado, quien quedaba descalificado si no lavaba con sangre la afrenta.

Los encargados de aplicar leyes tan tremendas, es lógico que estuviesen

investidos de un poder enorme; sin embargo, la perfecta organización, judicial, que instituía varias instancias para las causas y que establecía severísimas penas para los magistrados, aun los más altos, responsables ante el Rey, que procedieran sin justificación, hacía difícil el uso indebido de esta gran autoridad. Además, los jueces, que gozaban de una desahogada posición económica proporcionada por el Estado, que les ponía a salvo de incurrir por necesidad en debilidades o complacencias, tenían la obligación de fallar todo pleito en el término de 20 días, y tratándose de causas complicadas, en el improrrogable de 80; circunstancias ambas que hacían de las instituciones judiciales organismos eficaces.

Tales son, a grandes rasgos, los datos de diversa índole que nos permiten formarnos un criterio de la moral indígena. Salvo los sacrificios humanos y las duras sanciones legislativas, cuya razón de ser hemos procurado estudiar, nada hay en ellos que no esté de acuerdo con los principios de la moral religiosa más elevada ni de la ética filosófica más estricta; con la notable diferencia de que los indígenas vivían conforme a sus principios inalterables, en tanto que las complacencias políti-

cas y sociales del poder espiritual católico, que ha sido sin duda alguna el más importante en los dos milenios pasados, han desvirtuado y convertido en letra muerta los altísimos principios morales del cristianismo.

Apenas habían comenzado a rotular los primeros doce franciscanos el terreno espiritual de Nueva España (lo que nos hace imposible suponer un cambio moral profundo) cuando Fray Toribio de Benavente, Motolinía, ante el espectáculo de la vida vernácula y con el conocimiento profundo que su ministerio religioso le proporcionó de lo íntimo de las conciencias, exclamaba: "estos indios cuasi no tienen estorbo que les impida ganar el cielo, de los muchos que los españoles tenemos": palabras que en el virtuoso monje, autoridad indiscutible en la materia, son de tal manera concluyentes, que hacen prueba plena en el asunto.

¿Cómo, y por qué trágicos caminos espirituales llegó el indígena a su moral actual, o por mejor decir, a su actual desmoralización? Materia es ésta por demás compleja, que trataré en otra ocasión especialmente. Sólo diré ahora que los responsables de tal transformación, si originalmente fueron los colonos españoles; los criollos

y los mestizos, es decir, los mexicanos mismos, fueron sus constantes colaboradores durante el gobierno virreynal; y si España fue grandemente culpable porque permitió o no supo evitar eficazmente los resultados nefastos de sus sistemas coloniales, México independiente ha sido más culpable aún, pues continuando sin freno ni piedad la explotación de sus razas nativas, les ha impuesto, además, la dura contribución de sangre durante un siglo de luchas políticas.

Si el México actual, idealista y avanzado, quiere laborar sinceramente por su mejoramiento futuro, deberá atender de preferencia los problemas que se relacionen con el indígena, base étnica y económica de la nación, para no dar el triste espectáculo de nuestros edificios públicos, llenos de ornatos suntuosos, pero hundidos y desnivelados, por falta de fuertes cimientos.

México, septiembre de 1923.







